

todavía de derecho su independencia? La monarquía portuguesa renace con Juan IV. con todas las condiciones de estabilidad. Emancípanse también sus colonias, y entre portugueses y holandeses nos hicieron perder medio mundo. Todos lo sabían, menos el monarca español. Cuando Olivares le dijo que el duque de Braganza había hecho la locura de coronarse rey de Portugal, lo cual era una fortuna, porque así sus bienes volverían al reino, pues disponerlos así, le contestó Felipe; y continuó divirtiéndose.

Sicilia y Nápoles imitan también el ejemplo de Cataluña, y se sublevan contra la tiranía de los vireyes. En Palermo se erige un calderero en jefe del tumulto, y el gobernador se esconde en el sótano de un convento para evitar el furor de la muchedumbre amotinada que incendiaba las casas de los agentes del gobierno español. En Nápoles se proclamaba la república á la voz de un pescador; el duque de Arcos abraza primero á Masaniello en el balcón de su palacio para significar al pueblo que accede á todas sus peticiones; pero después el conde de Oñate hace degollar hasta á los hijos de los que habían tomado parte en la insurrección. Tampoco falta allí la intervención de la Francia. Las revueltas se sosiegan y se restablece el orden; pero los sucesos mostraban cuán impopular y cuán flaca era la dominación de los vireyes en aquellos países.

No cambió la suerte de España ni mejoró su for-

tuna con la muerte de Richelieu y con la de Luis XIII. A Richelieu sucede Mazzarini, cardenal como él y hechura suya, menos enérgico y violento, pero más disimulado y astuto. Continuator de su política, sostiene la monarquía durante la regencia de la reina madre. Luis XIV. comienza á anunciarse fatal para España desde la cuna con la victoria de Rocroy. Las guerras de la Fronda en Francia infunden aliento á los españoles; Turena y Condé ayudan con sus venganzas de rivalidad el ascendiente que á favor de las revueltas iba recobrando la España, pero todo lo deshace la mañosa política de Mazzarini. Cuando Felipe IV. solicitó el auxilio del gran protector de Inglaterra, ya Mazzarini se le había anticipado, y prefiriendo Cromwell la amistad de la Francia, se declara Inglaterra contra España, y coopera activamente á su ruina. La derrota de Dunes pone á Felipe IV. en el caso de suscribir á la paz. Estipúlase el célebre tratado de los Pirineos. Conciértase en él el matrimonio de Luis XIV. con la infanta María Teresa de España, y se ceden á Francia la Cerdeña y el Rosellon con muchas plazas fuertes de Flandes y de los Países Bajos. Triunfó la diestra política de Mazzarini sobre la del negociador por España. En una pequeña isla del Bidasoa se determinaron los destinos futuros de nuestra nación. El tratado de la isla de los Faisanes contenía el germen de un cambio de dinastía. Aquellas capitulaciones matrimoniales habían de hacer

de una España austriaca una España borbónica; y sin embargo, tal era el estado de las cosas que se aplaudió como una fortuna el tratado de los Pirineos.

Richelieu y Olivares representan la elevacion de Francia sobre el abatimiento de España. Aquel personifica la creacion de la monarquía absoluta francesa sobre la muerte de la vieja monarquía aristocrática: éste simboliza la decadencia de la monarquía conquistadora de España, que habiaemplazado á la monarquía popular, y dado entrada á la monarquía de los grandes, de los favoritos, de los confesores y de las mugeres. Richelieu abrió el camino á Luis el Grande, y Olivares le preparó á Cárlos el Imbécil. Felipe IV. con toda su indolencia tenia todavía elementos para haber sido mas que Luis XIII. si en lugar de un Gaspar de Guzman hubiera contado con un Richelieu: y Luis XIII. no era ni tan grande ni tan intrépido que sin un Richelieu no se hubiera quedado en menos de lo que fué Felipe IV.

Tres grandes transiciones políticas se verifican en esta época. La Inglaterra pasa á la libertad despues de sus guerras parlamentarias, últimas convulsiones de la arbitrariedad inglesa. La Francia corrió al despotismo de Luis XIV. despues de las guerras de la Fronda, últimos esfuerzos de la independenciamisericordiosa. España entra en una impotencia miserable despues de la guerra universal del cuarto Felipe, últimos alientos de su antiguo colosal poder. Inglaterra

libre y Francia absoluta se levantan sobre la España impotente que las dominó antes.

La adulacion habia aplicado el sobrenombre de Grande á un monarca que merecia solo el de piadoso y benigno. Cuando se vió que lo iba perdiendo todo, la lisonja halló un medio ingenioso de conservarle el dictado dándole por divisa un pozo con estas palabras: *cuanto mas le quitan mas grande es*. Queriendo adularle, le hicieron un epitafio.

Apesadumbróle mucho la pérdida de Portugal y le aceleró la muerte. «Quiera Dios, le dijo al tiempo de morir á su hijo Cárlos, que seas mas afortunado que yo.» Pero Dios no lo quiso asi, y el hijo fué mucho mas desdichado que el padre.

Faltan términos con que espresar el abatimiento á que vino la monarquía en el reinado de Cárlos II. Todo se conjuraba contra ella. Un rey de cuatro años, flaco de espíritu y enfermizo de cuerpo, una madre regente caprichosa y terca, toda austriaca y nada española, entregada á la direccion de un confesor alemán y jesuita, inquisidor general y ministro orgulloso; con un reino estenuado y un enemigo tan poderoso y hábil como Luis XIV., ¿qué suerte podia esperar esta desventurada monarquía? Luis XIV. apareció como el terrible vengador de Francisco I. y vino en ocasion en que no hubiera necesitado ser un héroe para invadir nuestras apartadas posesiones de Italia y Flandes, cuando Portugal habia tenido la audacia de venir á

provocarnos dentro de nuestro propio territorio: y la nacion que se vió forzada á reconocer formalmente la independenciam de Portugal, no es maravilla que perdiera en tres meses la mayor parte de la Flandes, y que viera al monarca francés hacer en quince dias la conquista del Franco Condado. Un ejército del vecino reino ocupaba parte de Cataluña; y Messina se levantaba al grito de: ¡Viva la Francia! Los tratados de Aquisgram y de Nimega ~~eran~~ sumiendo á España en el abismo de la nulidad.

Habian cambiado los papeles de Europa, y la dominacion universal con que á principios del siglo XVI. habia amenazado Cárlos V. y la España, venia á fines del XVII. de parte de Luis XIV. y la Francia. La Europa se llenó otra vez de pavor y asombro. Mas á pesar de la coalicion de Augsburgo para atajar las invasiones incesantes de la Francia, encubiertas bajo el insidioso nombre de pacificacion, y para conservar la integridad del imperio tal como la garantizaban los tratados de Wetsfalia, Nimega y Ratisbona, España no logró reconquistar las provincias perdidas en la guerra que se siguió, y hubo de sufrir nuevas invasiones, no obstante tener que luchar la Francia á un tiempo con Inglaterra, Holanda, Suecia, Saboya y el Imperio. Fuése rompiendo la liga, y á España alcanzaron sus mas fatales consecuencias.

No acostumbrado Luis XIV. á la idea de ver la Europa conjurada contra un hombre solo, procuraba

mañosamente desarmarla con capciosas paces y con tratados artificiosos, cuya supuesta infraccion le diera pretesto para nuevas declaraciones de guerra. El hombre que aparecia generoso, bombardeaba despues de un tratado de paz á Oudenarde, Génova, Alicante, Barcelona y Bruselas. Si en la paz de Riswich se prestó á restituir á España las conquistas hechas despues de la de Nimega, hizolo por contentar á los españoles para que se dejáran ~~imponer~~ un rey de su familia. Con la alegría de la paz olvidáronse las potencias del gran principio que las hiciera aliarse; olvido feliz para Luis XIV. y que todos los esfuerzos del Austria no alcanzaron á subsanar despues.

Mientras la monarquía se desmoronaba, la córte era un hervidero perenne de miserables intrigas palaciegas. El rey, la reina madre, Nithard, Valenzuela y don Juan de Austria, daban abundante pasto á la murmuracion y á la maledicencia pública; y el pueblo que presenciaba las miserias de la córte en medio de la ruina de la monarquía, parecia encontrar un desahogo á sus males en las sátiras, libelos y pasquines con que diariamente se le entretenia, denunciándole flaquezas que no ignoraba, mas viéndolas representadas bajo formas picantes y festivas, mostraba alegrarse de que le hicieran reir, á trueque de no llorar.

Aborreciendo á los sucesivos favoritos de la reina viuda, fijaba su cariño en don Juan de Austria, que

aparecia como el único capaz de dar vida al desfalleciente reino; y cuando se acercó á las puertas de Madrid, hubiérale tal vez aclamado rey sin reparar en que fuese hijo de una cómica, si él hubiera tenido mas audacia y mas altos pensamientos; pero contentóse con un destierro para el confesor y con un vireinato para sí. Cuando despues fué primer ministro, no correspondió el acierto del gobernador á la fama del guerrero. Don Juan perdió su popularidad, y murió desopinado despues de una adminirtracion tempestuosa. Como si los nombres hubiesen sido necesarios para hacer mas palpable la decadencia de España de los primeros á los últimos príncipes austriacos, vino este don Juan de Austria, hijo bastardo de Felipe IV. á recordar con dolor las glorias del otro don Juan de Austria, hijo bastardo de Carlos I.

¡Cuánto habia degenerado esta familia de reyes! El biznieto de Felipe II., de aquel monarca que habia gobernado el mundo por sí solo, vióse alternativamente dominado por una madre, por un hermano, por dos esposas, por confesores, por camareras intrigantes y por magnates codiciosos. El que de niño habia tenido que ser llevado hasta los cinco años en brazos de una aya, no pudo de rey marchar nunca sin andadores.

A la desmembracion que de sus posesiones sufría por fuera agregábase dentro la penuria de la hacienda, que nunca á tan desdichada estrechez llegára.

Era un mal heredado, que habia venido agravándose con las generaciones. Sucediáanse ministerios, discurríanse arbitrios, creábanse juntas magnas, imaginábanse espedientes, útiles algunos, injustos muchos, absurdos otros, ridículos y estravagantes los mas, eficaz ninguno. Pusieronse en venta los títulos de Casti-tila y las grandezas de España, y vióse á un simple curial sin mas categoría que la de page. y al hijo de un maestro de obras y otros sujetos de la clase mas ínfima del pueblo, á los unos grandes de España, á los otros títulos de Castilla. Concibióse la idea de entregar al clero la administracion pública y de confiar la direccion de la hacienda, guerra y marina á los cabildos de Toledo. Sevilla y Málaga. El ejército de tierra apenas llegaria á veinte mil hombres mal disciplinados y casi desnudos, la marina á trece galeras de mal servicio, y la poblacion del reino á menos de seis millones de habitantes. Veíase languidecer, extinguirse á un tiempo la nacion y la dinastía reinante.

Sin esperanzas ni de sucesion ni de salud el monarca; litégase entre potencias estrañas la sucesion española, y por dos veces se reparten entre sí nuestro territorio como hacienda sin dueño. Mostróse Luis XIV. en estos tratados de particion el negociador mas activo y el político mas astuto y mañero, pero tambien el menos fiel y el menos sincero aliado. En la misma córte de España bullían y se agitaban el partido francés y el partido austriaco, que prevalecían

alternativamente segun las influencias que accidentalmente dominaban. El desgraciado monarca, hipocondriaco y enfermo, asediado y hostigado por todos, tímido, vacilante, irresoluto y zozobroso entre instigaciones y consejos, opuestas pretensiones, personales afectos y escrúpulos de conciencia, estrechado por embajadores, grandes, inquisidores, confesores, consejeros y ministros, no acertaba á resolverse á nombrar sucesor. La Europa entera pendia de sus labios, y Carlos no pronunciaba. Representósele hechizado; muchos creyeron en el maleficio; él lo creyó tambien, y su confesor le exorcizaba con la fé mas cándida y mas pura. Consultábase á los teólogos, á los juristas, al pontífice; apelábase á las respuestas de las mugeres endemoniadas; y todos, hasta los malos espíritus intervenian en el negocio de la sucesion á la corona de Castilla, menos las Córtes del reino, con las cuales no se contaba.

Firmó por último Carlos en el lecho de muerte el documento que fijaba la disputada sucesion. Falleció á poco tiempo el atribulado monarca. Abrióse con toda solemnidad el codicilo. La política de Luis XIV. habia triunfado. El elegido era su nieto el duque de Anjou. Felipe V. de Borbon era el rey de España. La dinastía austriaca habia concluido.

Esta dinastía como la antigua de los Trastamaras, habia pasado en dos siglos, como aquella, de la actividad mas vigorosa á la nulidad mas completa. Aun

fué mayor la degeneracion de Carlos I. á Carlos II., que de Enrique II. á Enrique IV. No carece ni de exactitud ni de genio la pintura que de esta degradacion hace un ilustre escritor contemporáneo. «Carlos V. (dice) habia sido general y rey: Felipe II. fué solo rey: Felipe III, y Felipe IV. no supieron ser reyes; y Carlos II. ni siquiera fué un hombre.»

Obstinada la dinastía austriaca en dominar la Europa, despobló la España, sacrificó sus hijos, agotó sus tesoros y ahogó sus libertades políticas.

Quiso abatir la Francia é imponerle un rey de su dinastía, y sufrió la ley providencial de la expiacion, siendo ella misma la que llamó á un príncipe francés á ocupar el trono de España. Y á tal extremo de desolacion habia venido nuestro pueblo, que hubieron los españoles de mirar como un bien el ser regidos por un príncipe estrangero, uno de los últimos recursos de los pueblos agobiados por los infortunios. Era el año 1700.

Si los reyes católicos hubieran resucitado, ¡cuántas lágrimas de amargura hubieran vertido sobre esta pobre España que dejaron tan floreciente y con tantos elementos de prosperidad! Si es que podian reconocer en la España de fines del siglo XVII. la misma España que ellos legaron en principios del siglo XVI.!